

Doña Margarita de Austria, hermana de Felipe el Hermoso, y doña Margarita de York, hermana de Eduardo IV de Inglaterra, velaron á una por su infancia con amor y cuidado verdaderamente maternos. En política tuvo por maestro al que llamaban los españoles Señor de Xievers, que le amaestraba en la historia, como para darle prematura experiencia, y en los ejercicios militares y corporales, como para abrirle el camino de las conquistas. En ciencias fué mas desgraciado. Siendo su tia Margarita instruida en las artes liberales, y muy apegada á las ideas del Renacimiento, y amiga de Erasmo y aun mas amiga de Vives; gran música y en arquitectura experta como lo prueba la bellísima iglesia que fabricara en Brujas, modelo acabado del gótico espirante; dejó la educacion de su sobrino á un hombre seco, duro, frio, como Adriano de Utrecht, el cual solo sabia profundamente todo aquello que espiraba en la inteligencia humana, el sistema de los escolásticos y la moribunda teología de la Edad media. Así, en sus primeros años, era de ver aquel jóven rubio, en cuyos ojos flameaba algunas veces la luz meridional, de blanca y rosada tez pero de varonil apostura, el cual leía y releía papeles, consultaba y volvía á consultar documentos, se embebía en toda clase de informes y protocolos, como si en vez de llamado á un Imperio, fuese llamado á una escribanía. Habíanse curado en verdad bien poco de él sus abuelos. El uno, Maximiliano de Austria, perdido en tantas intrigas diplomáticas, acostumbrado á un disentiendo eterno con sus señores feudatarios, aspirante nada menos que á la tiara, dejaba el tierno niño al cuidado de Margarita, sin curarse de él gran cosa; mientras el otro abuelo, que trató de usurpar á sus propios hijos el reino castellano y de resucitar los derechos de doña Juana la Beltraneja, casándose en segundas nupcias con la infeliz princesa, á la cual habia vencido en Toro, conspiró tambien como no podia menos en su ambicion, recrudescida por los años, contra los derechos de su nieto, al cual no tuvo jamás ningun amor. Así fué su educacion tan descuidada que, debiendo reinar en el vasto Imperio de España, al venir á recoger su herencia en nuestro suelo, ni hablaba ni apenas entendia nuestra lengua. Mas tarde aprendió todas las necesarias para regir su patrimonio, bien distantes por cierto de aquel francés semi-flamenco, que balbuceara en sus primeros años; pero la copia misma de palabras que llevaba en su memoria y en su mente, hacíale

trabucar unas por otras con frecuencia, y adulterarlas todas, empedrando su conversacion de múltiples y discordes frases. No puede decirse que la inteligencia de Carlos V fuese una de esas inteligencias precoces, las cuales florecen bien pronto, como el almendro, y como el almendro, bien pronto se hielan. Al contrario, en los primeros días de su juventud, el destinado á reinar sobre tan numerosas tierras, el señor de los señores, el rey de los reyes, el César omnipotente, tenia por costumbre someterse á las princesas que por él velaban y seguir servilmente á sus maestros. Tal era, por los primeros años de su vida, el hombre que debia vencer á Francisco I en Pavía, dominar con su influjo y combatir con su fuerza á Inglaterra, recabar el Milanesado, contender con el Gran Turco y con la grande Alemania, nombrar dos Papas, destruir la República de Florencia, perpetrar el saco de Roma, oponerse á la reforma protestante, perseguir á los comuneros españoles, vincular en su dinastía el Imperio de Austria, recoger en el Nuevo Mundo las dos inmensas monarquías de los Aztecas y de los Incas, talar las tierras de Provenza, ensangrentar las montañas del Tirol, extender sus escuadras por el Mediterráneo y el Océano á un mismo tiempo, buscar desquites á la conquista musulmana en los arenales de Africa, debelar á Túnez, constituir el mayor Imperio que han visto los siglos.

Nada tan fuerte en apariencia, ni en realidad tan débil como el Imperio de Alemania. Nominal presidencia y jefatura de señores feudales en guerra perpetua con sus feudatarios; y de monarcas alzados al frente de monarquías, las cuales zozobraban á la continua bajo sus plantas; y de príncipes eclesiásticos, á quienes combatian de un lado sus propios siervos agrícolas, y de otro lado los demás príncipes laicos; y de ciudades inquietas, prontas á seguir cualquier bandera si les convenia, sin curarse del Emperador, nominalmente acatado y nunca obedecido; parecíase la política germánica á un caos, sobre el cual solo centelleaba un resplandor bien siniestro, el resplandor de los incendios alimentados por una sangrienta y perpetua guerra. En verdad, mientras aquellos césares montaban á caballo, empuñando la espada en vez del cetro, para esparcirse por Europa y á veces por Asia, en demanda de una perpetua batalla; sus feudatarios les seguian obedientes, dominados por la disciplina militar, mucho mas severa que la disciplina eclesiástica. Pero, en

cuanto la guerra acaba, por todas partes la ley de variedad germánica y las dificultades que tal raza tiene para concebir una verdadera unidad, siembran de nuevo la anarquía en los órdenes del Estado, en las ligas municipales, en los electores soberbios, en los palatinos rebeldes, en los prelados con diadema temporal, en los abades que consideran su monasterio como un reino y sus monjes como un ejército, en las dietas que pasan de las discusiones á los combates, en los condes que necesitan de la guerra para ensanchar sus dominios y acreditar sus personas, en los caballeros feudales que guerrear para vivir y matan para alimentarse, en las ciudades libres, donde compiten á la continua por medio de luchas sin tregua barrios con barrios, calles con calles, casas con casas, familias con familias, personas con personas, en el desorden universal sobre cuyo triste oleaje se levantaba, como inmensa sombra, revestido de dignidad antes nominal que real, aquel Emperador, á quien todos invocaban y á quien ninguno obedecía. Mientras hubo competencia con Roma; mientras los emperadores fueron los grandes enemigos de los Papas; mientras duraron las guerras por las investiduras y otras incidencias de la gran tragedia que llena con sus catástrofes todo el centro de la Edad media; los jefes históricos del Imperio alemán se vieron asistidos del espíritu germánico, adversario eterno del espíritu latino; pero en cuanto la casa de Suabia sucumbió á los golpes del Pontificado y los Emperadores fueron como Segismundo en Constanza, diáconos y sacristanes del Papa, dejaron todo su antiguo poder moral y recrudieron toda la crónica anarquía alemana. Y sin embargo, son correlativos los progresos y correlativas las decadencias del Pontificado y del Imperio, como si fueran alma y cuerpo. Cuando los grandes Papas surgen, surgen con ellos los grandes Emperadores; el último Pontífice de inmensa autoridad es Inocencio III y el último Emperador es su contemporáneo el gran Federico de Suabia; si cae el Pontificado en el cisma de Occidente, cae el Imperio en la anarquía del interregno; y si el Pontificado se restaura por breve tiempo en las personas de Julio II y Leon X se restaura también por breve tiempo el Imperio en las personas de Carlos V y de su hermano D. Fernando, aunque para caer ambas instituciones en gravísima é irremediable decadencia.

Mucho contribuyeron á debilitar al Imperio alemán los electores que nom-

braban los Césares á su capricho, y los tenían bajo su protectorado; las razas varias, que formaban aquella inmensa confederación; la rivalidad inextinguible de francos, sajones, bávaros y suabos; la independencia real de cada orden frente al Emperador, agravada por dependencias nominales; pero sobre todo, y antes que todo, aquella inclinación verdaderamente constitutiva del natural alemán, la inclinación á un anárquico individualismo, que traía consigo, por fuerza lógica incontrastable, la indisciplina y el desmembramiento. La elección imperial, como hemos dicho ya, debilita con debilidad irremediable al Emperador y al Imperio. Facultad primero de todo el cuerpo de la nobleza germánica; privilegio de diez electores en el siglo duodécimo, los cuales proponen para que otra asamblea mas numerosa nombre; vínculo á comienzos del siglo décimotercero de siete electores á quienes exige siempre la aristocracia el respeto á su derecho de sanción; patrimonio definitivo de tres príncipes eclesiásticos y de cuatro electores laicos, designados por la célebre bula de oro debida á Carlos IV; el electorado ejerce de continuo una influencia perturbadora en Alemania y en el Imperio. Pero bastaba, para la confusión política, con el colegio de electores. Levantábase luego en rivalidad con este el colegio de príncipes reinantes, en el cual batallaban los Austrias en quienes iba por completo á personificarse la dignidad imperial; los Sajonias, divididos en dos familias régias, una de las cuales lleva en sus manos la dignidad electoral; los bávaros divididos también por esa tendencia al fraccionamiento irremediable en Alemania, pero que, no obstante sus divisiones, pelean, á guisa de cruzados eternos, según su interés y su historia, en favor de la autoridad pontificia; los de Hesse, fortísimos por su situación excepcional en el corazón mismo de Alemania; los del Wurtemberg y además del Brandeburgo, estos últimos destinados á constituir la Prusia y á reemplazar el Imperio germano católico con el Imperio germano protestante: colosales poderes, en torno de los que pululan los electores eclesiásticos cual los arzobispos de Maguncia, de Colonia, y los condes, los señores, los caballeros, dependientes unos del Emperador, dependientes otros del electorado, mediatos estos, inmediatos aquellos, votando por medio de curias como el Senado romano, componiendo un colegio de Estados, que junto al colegio de príncipes, junto al colegio de electores, junto al colegio de ciudades, acrecienta la

confusion y recrudescen la anarquía como es natural, donde se mezclan el Imperio y el Pontificado; las monarquías hereditarias y los señoríos feudales; las ciudades libres y los territorios esclavos; las órdenes militantes y las corporaciones civiles; los obispos soberanos y los abades señoriales, la democracia, la aristocracia y el absolutismo. Tal es el factor importante, que viene á unirse á la corona de España, en la persona de Carlos V.

El 12 de enero de 1519, coincidiendo con la creciente agitacion religiosa, muere el Emperador Maximiliano y deja, por consecuencia, á Carlos vacía y vacante la dignidad altísima, que deslumbraba por completo sus ojos y atraía y avivaba todos sus deseos. Había pretendido Maximiliano legar, como en testamento, su corona á Carlos, el mayor de sus nietos; mas pretextando que el título de Emperador no correspondía al difunto, por no haberle coronado el Papa, opusieron los electores á reconocer como hereditaria la dignidad del Imperio, y recabaron así su derecho y rehicieron la antigua tradicion alemana. Carlos, poseído ya, á pesar de su florida edad, por incontrastables ambiciones, presentóse candidato y propúsose agotar todos los medios imaginables para que su candidatura prevaleciera. No puede dudarse que le favorecía mucho el pertenecer á esa casa de Austria, la cual, desde 1438, vinculaba en su poder el Imperio; y contar con una monarquía, tan vasta como la monarquía española, la cual podía servirle de fortaleza y seguro en las futuras contingencias de la política europea. Ningun príncipe alemán podía competir con aquel César, que los ofuscaba á todos con su luz, y ningun príncipe extranjero aspirar á rivalizar con él, que como nieto del Emperador Maximiliano é hijo de Gante, pasaba por monarca casi germánico. El vanidoso, el ligero, el impresionable, el audaz Francisco de Valois, rey de Francia, suspiraba por una dignidad, que no podía recaer en su persona ni en su nombre, á causa de las rivalidades antiguas entre las dos naciones, y del origen mismo de ese Imperio, desgajado de la antigua monarquía carlovingia, que se dividió en dos ramas, en Alemania y Francia, las cuales difícilmente, muy difícilmente, podrían volver á unirse en la sucesion de los tiempos. Además, el mundo germánico se hallaba amenazado en sus orillas del Danubio. La raza mongólica, que destruyera el Imperio bizantino y trocara en Mezquita la Basílica helena; despues de extenderse por la península de los

Balkanes é inmolar á Grecia, tristemente desaparecida del número de los pueblos cristianos; despues de haber hecho todas estas hazañas tan luctuosas para las naciones católicas, y especialmente para el Imperio alemán, extendíase por el misterioso Egipto y por la poderosísima Asia Menor, constituyendo una inmensa tribu militar, á cuyo frente campeaba elevadísimo Califa, capaz de realizar y cumplir las mas increíbles conquistas, por su triple naturaleza de monarca, de general, y de pontífice. Por consiguiente, los alemanes habían menester para salvarse de los turcos un poderoso César; y no podían hallar ninguno que á Carlos V se asemejase en poderío y en fuerza.

A pesar de los valiosos títulos que le abonaban y casi le hacían Emperador por juro de heredad, comprendiendo cuánto importaba emplear recursos de otro género, cohechó y captóse á varios electores. No se dormía en las pajas su porfiado rival Francisco I. Razones múltiples le abonaban y sostenían en su empeño. La eleccion de Carlos, segun su sentir, equivalía por completo á declarar hereditario el Imperio; y la declaracion de hereditario el Imperio equivalía por completo á destruir el poder de los electores. En este asunto, Francisco I aparentaba el mayor desinterés, y se reclinaba en razones de equilibrio europeo. Para él, desde los tiempos en que la casa de Suabia tuvo Sicilia, era como axiomático en el derecho internacional consuetudinario que no estaba capacitado para ejercer el Imperio de Alemania quien poseía el reino de Nápoles. Y si á esto se añade que Carlos, no solamente aspiraba en tal sazón al Imperio de Alemania, sino también al ducado de Milan, véase seguidamente los peligros que encerraba la elevacion y grandeza de su desmedida autoridad. A estas razones uníase la captacion ó el cohecho; y como las cartas de crédito y las letras de cambio no eran conocidas en aquel tiempo, iban los embajadores de Francisco I, los emisarios, precedidos de mulos cargados de oro, á los cuales fiaba en primer lugar el éxito de su eleccion.

Aunque el equilibrio europeo no estaba bien definido, ni bien formadas las naciones modernas; aunque la diplomacia cortesana se encontraba casi en sus comienzos y los Estados casi en su infancia; comprendíase muy bien que, sumada la corona de Alemania con cualquier otra corona de verdadera grandeza, resultaría en el centro de Europa un poder amenazador á los débiles y